

SECRETOS

LaViscera
Año 02
Núm. 17
Diciembre 2022



LA
VISCERA
Magazine

Año 2 | Núm. 17
LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

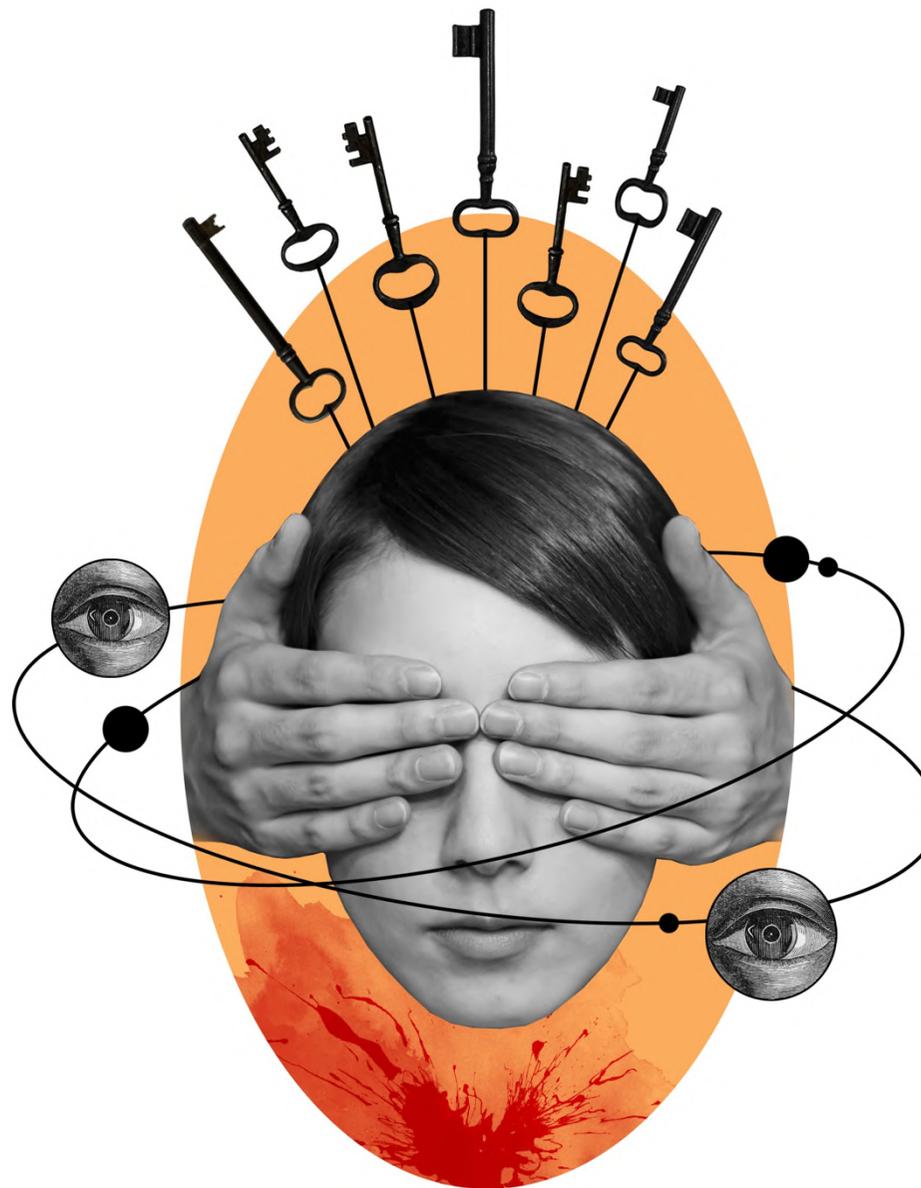
PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



| | |
|----|--|
| 05 | Carlos Vicente UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVII) |
| 07 | Beatriz Gorjón SHHH |
| 09 | Carlos San Jorge EL PEQUEÑO RUFUS |
| 11 | Patricia Sánchez EL COLMILLO |
| 13 | Andrés M. Níguez LA FOTO |
| 15 | Jara Aizpurua LA CALLE DEL OLVIDO |
| 17 | VÍSCERAS INVITADAS: FERNANDO RAMALLO SECRETOS |
| 19 | VÍSCERAS INVITADAS: MO DE LA FUENTE SECRETOS AJENOS |
| 21 | Pedro Vez Luque LA OBRA |

«A quien dices tu secreto das tu libertad.»

Fernando de Rojas – Tragicomedia de Calixto y Melibea / La Celestina

SHHH

No digas nada.

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVI)

CARLOS VICENTE

Les voy a contar un secreto: siempre he querido escribir -pero nunca lo haré- una obra de teatro en la que dos personajes hablen sobre la poesía de forma tan intensa que acaben llorando y negando su propio ser. Sería algo así como...

Un hombre y una mujer están sentados en una oficina elegante, en dos mesas separadas. Parecen muy atareados. Cogen el teléfono, escriben al ordenador, dan órdenes a personas que les preguntan cosas. En un momento determinado, ella le llama a él y le indica con gestos que venga con disimulo hacia su mesa. Casi se hablan al oído.



Diana: ¿Leíste el libro que te regalé?

Yago: No. No creo en la poesía. Es narcótica porque es bella. Te adormece frente a la barbarie que te rodea.

Diana: Pero es bonita, calma y te abre los ojos: se puede vivir en medio de la barbarie.

Yago: Eso no me consuela.

Diana: Parece que te quieras suicidar.

Yago: Lo he pensado.

Diana: ¿Y por qué no lo haces?

Yago: Porque, si lo hiciera, dejaría de sufrir y escribiría mi último poema. Me traicionaría.

Diana: Estás encerrado en un dilema. Y eso también es poesía. Todo, en realidad.

Yago: No, todo no. Esta oficina, no.

Diana: También. Te voy a contar un secreto.

Se acerca más al oído de él.

Diana: Las oficinas son sucursales poéticas porque nos hacen conscientes de lo que es la vida. Las oficinas son el poema que amas y odias. Las oficinas son la revolución porque nos hacen humanos, adultos, pero humanos. Las oficinas son el remedio a tus miedos y a tus sueños infantiles. Las oficinas te recuerdan a tu padre llegando a comer a las tres y doce minutos. Las oficinas son tus primeras vacaciones. Las oficinas son la ronda del guardia de seguridad a las cuatro de la mañana. Las oficinas son el canto desesperado del asesino silencioso que grita antes de no matar a nadie.

Yago derrama una lágrima y luego se echa a llorar. Va hacia la máquina del agua, toma un vaso, lo llena y bebe todo de un trago. Regresa a la mesa de Diana.

Yago: ¿Sabes? Te voy a contar un secreto. Me has hecho recordar mi operación de anginas a los seis años y el sabor del helado de mantecado de los italianos. Me has recordado a mi abuela llevándome al cine mientras toda mi familia estaba en el bautizo de un niño desconocido. Me has recordado los partidos de fútbol con los amigos en una era de aquel pueblo que quiso acogernos torpemente. Me has recordado a la primera vez que vi a mi hermana y supe que a este mundo venimos a sufrir. Me has recordado el momento en que imaginé cómo sería la muerte de mi padre. Me has recordado a mi primer maestro, aquel que me pegaba con una goma naranja del gas en las uñas. Me has recordado cuando mi madre estuvo en el hospital y vio el túnel y la luz...

En ese momento llaman por teléfono a Diana, que le hace un gesto a Yago, quien se calla inmediatamente y vuelve a su mesa, pero no se sienta. La voz de Diana se apaga y suena Tamerlano'nun II. Perde Aryası. II. Bajazet RV703, RV703, Act II: "Spoza Son Disprezzata". Mientras, Yago llora y experimenta todo lo que ha dicho.

Diana termina de hablar por teléfono. Mira a Yago durante unos segundos y luego le abraza.

Y así seguirían unos segundos hasta que volvieran a hablar y a contarse más secretos...

SHHH

BEATRIZ GORJÓN

Silbo secretos susurrados sin sonido,
suturados sobre suspiros secos, sedantes.
Sofocando sollozos sesgados.

Secretos sucios.

Secretos sórdidos.

Secretos sufridores.

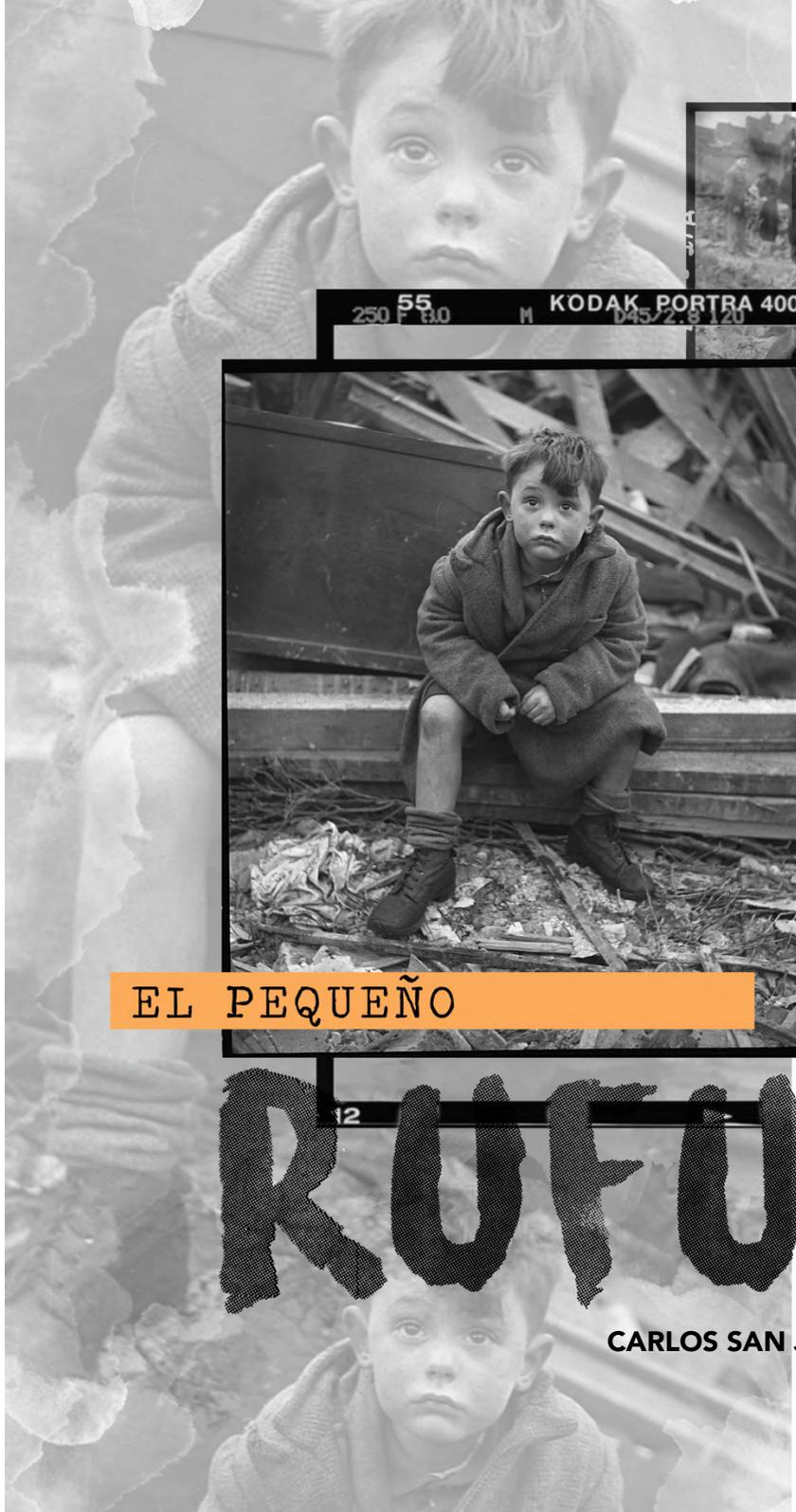
Solapándolos sobre soledades sutiles.

Son secretos silenciados, soterrados, sepultados.

Sin saber soñarlos.

Sin saber sacarlos.





EL PEQUEÑO

RUFUS

CARLOS SAN JORGE

Las dos fotografías empleadas para la maquetación de este texto pertenecen a la colección «Portraits of London at War» de la fotógrafa Toni Frissell (Nueva York, 1907-1988).

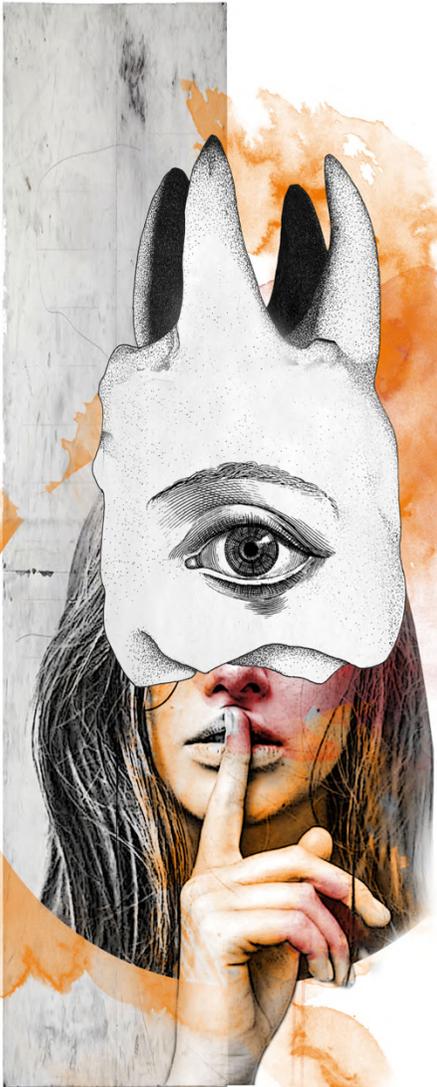
Se podría decir que cuando Rufus MacGregor tenía ocho años estuvo en el lugar adecuado en el momento oportuno. Su madre le había mandado a comprar un kilo de patatas, dos puerros y un ramo de zanahorias a la tienda de vetusto Jeffrey «el dientes pochos», porque era el único de toda la comarca que le fiaba hasta que, a final de mes, cobrara su pensión de viudedad. Como era habitual, el pequeño Rufus hacía el largo camino que había entre su casa y el establecimiento, imaginando que era un aguerrido piloto de combate de esa segunda guerra mundial que se llevó a su padre a «un lugar mucho mejor». Por el tiempo que llevaba sin venir, debía ser un sitio espectacular para olvidarse de su mujer y sus tres hijos, pensaba el pequeño, mientras simulaba disparar a todo animal que se cruzara en su camino como si fuera uno de esos «asquerosos nazis».

Pero aquella mañana de aquel día de aquel año, el vuelo de Rufus se vio interrumpido de sopetón, cuando siguiendo hasta un callejón escondido a un gato escurridizo, se encontró de bruces con William Campbell, Duque de Milnathort y admirado alcalde del pueblo, en una situación poco ortodoxa y muy comprometida con una joven que no era su queridísima esposa.

Después de un «si no le cuentas nada a nadie, puedo hacer que os cambie la vida a ti y a tu madre», el pequeño piloto se dio cuenta del poder de los secretos. Sólo dos semanas después, su madre y él se mudaron del peor barrio que uno pueda imaginar a la mejor villa que uno pueda soñar. Obtuvieron, de repente, una deseada pensión de viudedad militar que les permitió vivir sin carencias, una suculenta beca que le regaló un pupitre en el mejor internado de la comarca y, lo más importante, convirtió a Rufus, desde ese mismo instante, en el ser humano más motivado sobre la faz de la tierra para coleccionar secretos y respuestas a misterios sin resolver.

EL COLMILLO

PATRICIA SÁNCHEZ



ELLA: La tía Adela decía que con los secretos se te pudren los dientes.

ÉL: ¿Quién?

ELLA: La tía Adela.

ÉL: No sabía que existía una «tía Adela».

ELLA: Era hermana de mi abuela.

ÉL: ¡Ah!... Entonces sería «la tía abuela, Adela».

ELLA: Bueno sí, si nos ponemos... académicos, sí.

ÉL: ¿Académicos?

ELLA: Académicos, formales, tiquismiquis... No sé cómo decirlo... ¡Qué más da!

(Silencio)

ÉL: Nunca me habías hablado de la tía abuela Adela.

ELLA: Murió hace años.

(Silencio)

ELLA: Mi abuela era la mayor de doce hermanos. Adela, la pequeña.

ÉL: ¿Doce? Madre mía...

ELLA: Dos murieron de pequeños.

ÉL: Vaya...

ELLA: Era más pequeña que mi madre. Nunca la llamé tía abuela, era «la tía Adela».

ÉL: Tiene cierta lógica.

ELLA: Cierta no, tiene toda la lógica del mundo.

ÉL: Vale.

(Silencio)

ELLA: El caso es que la tía Adela decía eso; que con los secretos se te pudren los dientes.

ÉL: No lo entiendo.

ELLA: Decía que los secretos siempre se pasean por la boca, esperando que claudiques y los dejes salir, y que, en cada uno de esos paseos, van erosionando tus dientes. Poco a poco. Sin que te enteres. Hasta que se te pudren.

ÉL: ¿Todos los secretos?

ELLA: ¿Cómo?

ÉL: Que si todos los secretos hacen eso, que si todos te pudren los dientes.

ELLA: Claro. Todos.

ÉL: ¿También los bonitos?

ELLA: Da lo mismo, todos.

ÉL: No da lo mismo. No es lo mismo un secreto bonito o uno que guardas para ayudar a alguien, que uno feo, delictivo o pecaminoso...

ELLA: ¿Pecaminoso? ¿Cuándo te has convertido en una de esas personas que considera que algo puede ser «pecaminoso»?

ÉL: Es igual. Déjalo.

ELLA: Vale.

(Silencio)

ÉL: Pero no es lo mismo.

ELLA: Vale.

(Silencio)

ÉL: No me lo creo.

ELLA: No tienes por qué creértelo, sólo he dicho lo que decía la tía Adela.

ÉL: ¿Tú te lo crees?

ELLA: Pues no lo sé. No lo había pensado hasta ahora.

(Silencio)

ÉL: Pues yo no me lo creo.

ELLA: Pues vale.

(Silencio)

ELLA: Cari...

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Que se me mueve un colmillo...

LA FOTO

DE ANDRÉS M. NÍGUEZ PARA SECRETOS



«Hace miles de años que la raza humana habita la Tierra y, aunque creas que quedan pocas cosas por descubrir y que hemos desarrollado muchos conocimientos sobre el funcionamiento del planeta, todavía hay cosas de las que no sabemos nada y que debemos resolver.» Adrián López



- Conocí a Rafa en un bulevar en la avenida treinta y tres de la ciudad de los sueños. Él estaba con su banda tocando en aquel garito en el que entré por casualidad con mi poncho rojo. Con un tequila en mano y el corazón roto me quedé allí petrificada escuchando aquella voz que cantaba una canción que me parecía de Sabina, al menos el comienzo, y que decía algo de unos ojos de gata. Me quedé anclada a él como la sombra se queda pegada a los pies. Yo no podía apartar mi vista de aquella boca que hablaba de historias, que hacía alusión, casualmente, a la calle del olvido en la que vivía y que me miraba en la distancia con tanta nostalgia y tristeza que rompía todos mis esquemas.

Cuando acabó el repertorio, se acercó y me invitó a una copa. Me estuvo contando que aquellas canciones eran de un grupo llamado Los Secretos, que lo escuchaba desde niño gracias a su padre y que se dedicaba a hacerle homenajes allí donde podía.

Esa banda sonora nos acompañó durante varios meses en una de las historias de amor más bonitas que he vivido, pero con más secretos a la vez. Y no, no hablo esta vez del grupo de música, si no de él, de su vida y de todo lo que le rodeaba. Nunca fue muy claro y eso al final es lo que nos llevó a dejarlo. Hace cosa de un año que no sé nada de él. ¿Formó parte de mi vida? Sí, agente. Pero no le puedo contar mucho más. Ni si quiera sé qué hago aquí.

- Ha sido hallado muerto esta mañana en esa casa en la que vivieron, supongo, en la calle del olvido. Había fotos de usted allí.
- ¿Y cómo ha muerto?
- De sobredosis.

SECRETOS

Me gustan los secretos. Son esas pequeñas informaciones propias que guardamos bajo llave, pero a la mínima de cambio se las contamos a personas cercanas pidiéndoles que no las revelen a nadie. ¿Por qué lo hacemos? Por compartir. Porque, pese a todo, seguimos siendo humanos. Ya habrá tiempo de que el Bill Gates de turno nos convierta en robots y perdamos nuestras emociones más primigenias. Pero, hasta la fecha, somos seres con cerebro y corazón. Y no podemos evitar querer ser escuchados y apoyados en nuestras ideas y nuestros actos irracionales.

Así que sí, soy un defensor de los secretos y, más aún del bello arte de desvelarlos. Pero a poca gente, no te preocupes, que no soy ningún chivato. Es que ese momento de compartir algo tan valioso y excitante con otra persona es como echar crema de vinagre a las patatas fritas. Sabe raro y no lo harías sino fuera porque buscas un sabor diferente a gustos tan banales. No creo que se deba condenar a la gente que desvela los secretos de otros, siempre y cuando lo hagan con un marco histórico inventado y no mencionen al sujeto en cuestión. También hay que añadir elementos fantásticos que doten a esas intimidades de un carácter épico. El bello arte de desvelar secretos. El bello arte de contar historias ajenas, pero dándoles una creatividad propia. No es fácil. Intentadlo. Os animo desde estas líneas a que ahora mismo contéis los secretos de vuestros seres cercanos a gente que no os conozca de nada. Que os esmeréis en atraparlos con vuestras palabras, con vuestros recursos narrativos y con vuestras expresiones faciales para que no quieran escuchar otra cosa que no sean los secretos de cada persona que está sentada en una terraza, por ejemplo.

Que se levanten de golpe y vayan a sus casas a poner las orejas en las paredes para escuchar a los vecinos. Que, mientras hacen cola en el banco, les preocupe más qué dice el director a su marido por teléfono que si hay algún problema con su pensión.

Hagamos una sociedad de cotillas y de boicoteadores de intimidades. Así, en general. No puede haber secretos si queremos que la sociedad sea segura y poder avanzar en el objetivo de ser un país más productivo. Debemos potenciar más todavía las redes sociales, contenedores de secretos del mundo entero. Quiero ver cuándo te vas de vacaciones, quiénes son tus amigos y cuánto ganas por tu trabajo. Me lo pones tan fácil y yo te lo agradezco tanto... Voy a sacar una aplicación en el móvil para que te pongas cara de dibujo animado y tus datos biométricos me los regales para que los venda a empresas de terceros. Te agradezco tu colaboración. Y así, poco a poco, iremos creando un mundo más seguro porque estará más controlado, porque todos sabremos todo del otro y porque antes de que necesitemos algo ya lo sabrán las empresas. Porque no hará falta hablar con desconocidos, porque no existirán y porque mi seguro médico ya sabe cuándo voy a morir y así sólo me asegurará unos años. Porque si no hay sorpresas en la vida no habrá opción a que sean desagradables y porque, en definitiva, no tendré que elegir nada. Y qué queréis que os diga, yo así estoy más tranquilo.

Así que, si queréis contarme un secreto, no lo dudéis, sé guardarlos muy bien.



Si estoy aquí, pudriéndome entre restos de los que me precedieron, se debe a un error de cálculo.

Y a un exceso de peso en el alma.

Aquella tarde, como tantas otras, las luces que se filtraban entre las túnicas dibujadas con esmero y los rostros planos y angelicales que decoraban la magnífica catedral de Saint Paul, se posaban sobre el envejecido reclinatorio del que emanaba el olor de millones de pecados tan banales como para hacer sonreír al más impresionable de los seres: pequeños hurtos, en algunos casos para matar el hambre y, en otros, debido al vicio por lo ajeno que se instala con facilidad en las mentes más débiles; deseos de la carne que siguen el mismo derrotero que el gruñir de tripas: el de aplacar el apetito y el de anhelar los cuerpos de quienes pertenecen a otros; pensamientos de muerte y venganza que nunca llegan a ser actos.

Sin embargo, entre el leve aroma de estos deslices que no llegaban a ser pecado, se entremezclaba el de dos o tres, no más, de hombres y mujeres a los que el maligno había llamado y al que se habían entregado. Todos ellos, banales y terribles, eran secretos que se prendían de mi alma con alfileres que escocían y que debía mantener guardados para siempre. Ni siquiera la muerte me libraría de cumplir con mi voto y mi deber.

El secreto de confesión era uno de los mayores valores de nuestra fe y yo había jurado cumplir con él. Algunas tardes de invierno, cuando la luz se escapaba de pronto dejando la ciudad en la más profunda oscuridad y en la catedral resonaba el eco del viento que se filtraba por las grietas de la madera, me recogía en la pequeña sala de lectura, frente a la chimenea, intentando librarme de la angustia de tantas confesiones. Llegaba a quedarme dormido de pura extenuación. Nadie que no albergue secretos ajenos en su ser podrá llegar a entender mi fatiga. Intentaba alejar mis oscuros pensamientos releyendo algún libro capaz de serenar mi alma, pero era en vano. Cada año que pasaba como depositario de los males de otros, me iba transformando, acusando mi cuerpo la gravedad del lastre. Esos cambios los veía en las miradas de mis hermanos que eran los únicos espejos a los que podía asomarme en el convento que era mi hogar, y los sentía por dentro, con dolores ajenos a mi edad natural. Sin embargo, lejos de preocuparme por si el Señor me reclamaba a su lado antes de tiempo, lo que me inquietaba era que llegase el día en que no pudiese cumplir con mi labor.

El invierno en que todo cambió, la opresión en mi pecho era tal que me impedía respirar.

Yo, que siempre había sido jovial y alegre, mudé mi comportamiento de tal manera que los hermanos me evitaban por no contagiarse de mi angustia y mi tristeza. Cada día, un secreto más; cada mes, cientos de confidencias que empezaban a alborotar mi mente. Rezaba más y con más fervor para encontrar consuelo en mi pesar, pero no recibía alivio alguno.

Ahora, cuando el tiempo ha pasado, comprendo que fueron aquellos secretos los que me llevaron a mi error de cálculo.

Siempre había tenido una fe inquebrantable en el Señor, al que había amado sobre todas las cosas. Conocía los peligros del mundo fuera de la ley divina, peligros en los que, de tanto en tanto, caía alguno de los hermanos: la envidia, que era el pecado más difícil de evitar; la gula, del que también había que cuidarse pues entre los religiosos los alimentos abundaban; la lujuria que decían que era la que entregaba el maligno directamente de sus manos. Pude con todos, con paciencia y fe. Hice ayuno cuando la mesa del refectorio rebosaba de colores y olores; jamás me preocupé de prosperar en la jerarquía eclesiástica; sentí la dulzura de la piel de muchas mujeres a las que confortaba con mis palabras o con algo de comida que guardaba de mi ración. Pero jamás sucumbí a tentación alguna. Mi tentación siempre fue Dios y a él sí podía entregarme en cuerpo y alma. O eso creía.

Aquella tarde de enero, fría como el témpano, pero más luminosa que un día de verano, dejé que mi mirada, siempre humilde y hacia el suelo para no inquietar al pecador, subiese unos centímetros buscando la irisada luz que pintaban las vidrieras. Buscaba la alegría infantil de los colores y, entonces, ocurrió.



Fue un pequeño error de cálculo, como digo, y caí en el más absoluto caos.

Me temblaban las piernas hasta el punto de que tuve que sujetarlas con las manos, el corazón se salía del pecho y la catedral entera olía a aquello que siempre había buscado y había creído encontrar. Olía a Dios. Ella me sostuvo la mirada y sonrió. Se acercó un poco a la reja y pude sentir su aliento de almizcle y deseo. Me susurró sus pecados que eran muchos y graves, y sentí cómo mi alma se doblaba por la carga. Una lágrima asomó a sus ojos llegando una pequeña gota a quemar mi piel. Me abrasó y deseé arder entero en su infierno, pero cuando quise darme cuenta se había ido.

Vagué durante semanas por los rincones más sucios e infectos de la ciudad; pregunté por ella sin conocer su nombre; sentí el temor de las gentes por si sus pecados volvían a cometerse. Los niños, pálidos y hambrientos, no se separaba de las manos de sus madres que llevaban la mirada angustiada de quien comprende que puede perder lo que no soportará perder. Entré en casas de gente de bien y en casas de usureros; en lupanares y en conventos. Mi cabeza me pedía volver a mi diócesis y olvidar aquella tarde, pero ese corazón del que no había tenido noticias hasta entonces, me lo impedía. Volví a confesar, pero incapaz de escuchar con atención a mis feligreses, pedí a un hermano que ocupara mi lugar.

A veces, me escondía en algún rincón, cerca del confesionario, por ver si aparecía, pero nunca lo hizo.

Entonces, una noche sin luna ni estrellas, recluso en mi celda, escuchando el viento que movía árboles y se enroscaba en mis oídos como una serpiente, tocando la piel incendiada por el recuerdo, supe qué tenía que hacer. Dormí unas horas calmado por mi decisión y, al amanecer, ataviado con mi hábito, me escondí entre las sombras de los callejones más pobres de la urbe y, con los ojos de ella, encontré al pequeño. Se acercó sin desconfianza cuando lo llamé. Era un sacerdote, alguien a quien no tenía que temer. De la mano, lo conduje hasta las afueras de la ciudad e hice con él todo lo que ella habría hecho. Y cuando se le fue la vida de sus cándidos ojos azules, tengo que confesar que disfruté y me sentí tan cerca de ella que, por un momento, pensé que aquella terrible acción sería nuestro acto de unión.

No tardaron más de unas horas en encontrarme y meterme en esta celda de la que no saldré. Han decidido darme el peor de los castigos. Moriré de hambre, de sed, de frío o quizá me coman las ratas. No lo sé ni me importa. Me siento libre y liviano. Confesé mi crimen y todos los pecados que rebotaban mi ánima. A mis captores sólo les importaba el asesinato del niño y los de los otros que yo no cometí, pero de los que todo sabía. Los convencí de que yo era el asesino que habían estado buscando. Y, mientras desgranaba cada detalle de los macabros homicidios cometidos por ella, me deshice de todos los demás secretos ajenos. Tuvieron que taparme la boca para que callase, pero sentí cómo mi alma se liberaba del peso y me permitía volver a respirar, incluso a sonreír.

Voy a morir, sí, pero soy tan feliz como nunca hubiera imaginado. Me voy de este mundo tranquilo y sin cargas. Abandono la vida habiendo sentido a mi Dios que era ella. Me despido de la existencia con el olor de su piel en la mía, con la tibieza de su llanto en mis poros, ¿qué más puedo hacer sino agradecer que el curso de los acontecimientos se desviara, que ese pequeño error de cálculo se me permitiera? ¿Qué más puede pedir un hombre de bien como yo? No sufráis los que, a pesar de todo, me tenéis aprecio. Este cuerpo extinguido que encontraréis en breve ha encontrado la felicidad que todo ser humano busca. No me lloréis. Sencillamente, tenedme envidia.





LA OBRA

DE PEDRO VEZ LUQUE PARA SECRETOS

vez luque
2022



LA
VISCERA
magazine